



CARTAS DESDE LEGIO

Lorenzo Álvarez de Toledo

CARTAS DESDE LEGIO



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Lorenzo Álvarez de Toledo

ISBN: 978-84-18366-04-8

ISBN digital: 978-84-18366-05-5

Depósito legal: M-12786-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Camino y a nuestras hijas, sin cuyo férreo patriarcado
no habría sido posible escribir estas páginas*

ÍNDICE

Catálogo de personajes principales	11
Genocidium	13
Ni siquiera es romano	19
¿Debo comprarle o intimidarle?	33
El testimonio de uno	47
El vuelo del pájaro	65
Carta I desde Legio	75
La serpiente y el ratón	81
Cantabrum indoctum iuga ferre nostra	89
El sufrimiento de nueve	121
Las alas del pájaro	135
La zorra y las uvas	143
Carta II desde Legio (de Estrabón a Virgilio)	155
Carta III desde Legio (de Estrabón al Augusto)	159
Carta IV desde Legio (de Estrabón a Laertes)	163
El caballo de Troya	167
El hombre <i>al que los muertos hablan</i>	181
Carta v desde Legio (de Estrabón a Vaecio)	211
La última vadinienense	213
La pregunta de las preguntas	225
Scylla y Caribdis	241
La mirada de Odiseo	257
<i>Speculator</i> malo, <i>speculator</i> bueno	267
Agripa está aquí	285
El regalo del César	317

Carta final desde Legio	325
El vuelo de Ícaro	331
Estrabón nunca estuvo aquí.....	345
Edicto del Bierzo.....	353
Glosario.....	355
Frases y expresiones que aparecen en la narración	361
Disculpas y agradecimientos	363

CATÁLOGO DE PERSONAJES

PRINCIPALES

Estrabón. Geógrafo e historiador asiático, procedente del Ponto, nacido en Amisio. Estrabón ha sido desterrado de Roma por haber ayudado a su amigo Tiberio, hijo de la esposa del César, Livia, a mantener contactos con su ex esposa Vipsania, mujer a la que su padrastro le había prohibido ver. Aceptará una misión en Hispania para recuperar su libertad y desplazarse por el Imperio.

Vaccia. Esclava ciliciense de Estrabón. Nació en casa de los padres de Estrabón, hija de otra esclava, por lo que este la ha visto nacer. Siempre han estado juntos y Vaccia nunca ha soñado con la libertad.

Equión. Esclavo germano al servicio de Estrabón, de gran tamaño e impulsos violentos. Lleva varios años al servicio del mismo amo, el cual, para sorpresa del siervo, nunca le ha pedido que mate a otro hombre.

Hercio. Esclavo bretón de Estrabón. Lleva varios años al servicio del mismo amo. Enamorado de Vaccia, la cual le complace en el lecho, sin comprometerse nunca ni renunciar a las relaciones con otros hombres.

Taab. Esclavo judío de Estrabón, buen conocedor de las literaturas griega y latina y de las lenguas de los hispanos del Norte y de las costumbres de los bárbaros. En cambio, no ha conocido mujer.

Cayo Marco Porcio Catón. Prefecto o jefe militar de la Hispania Ulterior, comandante superior de la Legio VI Victrix, la vic-

toriosa, emplazada en la Cannaba de Legio, hoy ciudad de León. Es sobrino nieto del inmortal Marco Porcio Catón, acérrimo republicano, virtuoso defensor de las tradiciones y costumbres y, ante todo, de la República romana frente a triunviratos y dictadores, potenciales o reales. A pesar del enfrentamiento que mantuvo contra Julio César, el cónsul vitalicio Octavio Augusto no se ha atrevido a tomar represalias contra él y su familia.

Lucio Sestio. Es el segundo, en mando, de la Legio VI Victrix, bajo las órdenes del prefecto Cayo Marco Porcio Catón.

Zancho, hijo de Glauco. Intérprete de lenguas astures al servicio de Roma y, a partir de la llegada de Estrabón a la Legio VI Victrix, colaborador del historiador en la misión que este tiene encomendada.

Altea. Reina de los *vellicos*, pretendida por el prefecto Cayo Marco Porcio Catón. Sus hijos Helio y Seramis son rehenes de Roma, custodiados en la Cannaba de Legio.

Seramis. Hija de Altea y hermana de Helio, rehén de Roma, retenido en la Cannaba de Legio para asegurar la lealtad de los *vellicos*.

Helio. Hijo de Altea y hermano pequeño de Seramis. Rehén de Roma para asegurar la lealtad de los *vellicos*. Discípulo de Estrabón durante los meses que dura la investigación sobre el genocidio de los vadinienses.

Istria. Mujer vadiniense.

Sexto Glaucio. Sacerdote de Júpiter, con el cargo de *flamen dialis* en la provincia de Hispania Ulterior. Amigo personal de Estrabón.

Aecio Curcio. *Mensor* de la Legio VI Victrix. Podría tener una de las claves para resolver el misterio del genocidio de los vadinienses.

Scylla. Prostituta del *Charibdis*, a cuyo dueño sirve como esclava. Pendiente del cumplimiento de una promesa de Aecio Curcio de liberarla y hacerla su esposa. Podría tener una de las claves para resolver el misterio del genocidio de los vadinienses.

GENOCIDIUM

Cierta vez asistí a una discusión entre dos colegas, uno de los cuales había sufrido de niño y en carne propia la masa de acontecimientos denominada Holocausto, en tanto que el otro había tenido la suerte de haber solamente leído y oído acerca de ello. Ambos postulaban conductas diferentes respecto a la necesidad de recordar y no olvidar, porque el olvido conduce a la supresión, primer paso hacia la represión, y esta deja abierto el camino a la repetición. El segundo postulaba la necesidad de no tener presente ya un hecho irreversible por lo pasado. Para él la culpa no era de un buen criterio o recurso mental; además, los hijos tenían una historia diferente de los padres. El primero respondió: «El holocausto ocurrió a nuestros padres, a nosotros, a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos aún por nacer».

ISIDORO BERENSTEIN,
Psicoanálisis de la estructura familiar

El viejo Rigisamus, vara de mando en mano, con expresión satisfecha sepultada bajo una espesura de barbas plateadas, dio orden de que comenzase la ceremonia. La había oficiado más de una cuarentena de veces y, si el vuelo y las entrañas de las cigüeñas no le engañaban, esta sería la última. Había gozado sacralizando los pasos de las mujeres de tres generaciones en un rito que su pueblo llevaba practicando más de mil años, desde que la madre Lug creara de su seno derecho a la mujer, para su propio gozo; y de los

pechos de esta, a sendos varones, para que la mujer pudiese elegir entre los dos.

Las mujeres estaban dispuestas según su edad. Sisácara, de quince años; Veliocassa, de la misma edad. Adata, de catorce. Y luego, cinco jóvenes más que todavía no habían cumplido esa edad.

A unos seis pies de ellas, formando un oval casi perfecto en torno al fuego sagrado, se disponían los ocho varones de la tribu que habían superado días antes las pruebas. Todavía exhibían con orgullo algún rasguño en sus brazos, en la espalda o en el tórax, y el más joven, Berivio, había sufrido, al combatir a Altávir, el oso, la pérdida de dos dedos del pie derecho. Pero había regresado a su pueblo con las garras de las patas de su enemigo. Y no renqueaba. No podía exteriorizar en aquel momento su fragilidad. No en la ceremonia de la elección de los futuros esposos, la más importante de las que celebraba, cada otoño, la tribu de los vadinienses.

La circunstancia de que su prueba hubiera consistido en abatir a Altávir, el poderoso, el imbatible, le colocaba en un lugar de privilegio. Aunque no le atribuía ningún derecho a elegir mujer —esto hubiera sido inconcebible— ni a ser elegido por la primera de las mujeres que tomaría varón en aquella ocasión, era imposible que Sisácara no se fijase en él. Si finalmente lo hacía, tal y como Berivio lo esperaba, tampoco ello le daría derecho alguno a suceder al jefe Rigisamus, padre de Sisácara, en la jefatura de la aldea; pero sin duda le daría una enorme preeminencia en la asamblea anual que se celebraría en el bosque, a las veinte lunas de la muerte del caudillo.

Los tambores llenaron el aire de una letanía alegre pero apacible, que quería imitar la voz de Lug.

A una señal de Rigisamus, Sisácara empezó a caminar ceremoniosamente alrededor del grupo oval de los varones aspirantes. La música de las cañas marcaba sus pasos, exactamente igual que como lo había hecho durante centenares de ciclos anuales. La luna llena arrancaba de las figuras humanas larguísimos fantasmas que se deslizaban con vida propia sobre las cenizas ardientes.

Los ojos de Berivio brillaron cuando se convirtieron en el blanco de los de Sisácara. Pero, precisamente en aquel instante, ocurrió algo que frustraría con la fuerza de una *alfaca* todos sus designios y sus fantasías.

Los centinelas dieron la voz de alarma. Los dos guerreros que hasta ese momento habían percutido en sus tambores la voz imperiosa de Lug golpearon sus pieles haciendo la llamada al combate, que todavía era familiar a los pobladores de Vadinia. Pero Rigisamus alzó sus manos para que nadie se moviera. Las armas habían sido entregadas días antes al legado de Roma y nada conservaban que pudiera oponerse a los *gladii* de un romano, salvo la orca y los aperos de labranza con los que nada podrían hacer frente al *pilum*. Bastante le había costado a Rigisamus arrancar a los romanos el privilegio de conservar los centinelas dispuestos en los cuatro vientos del castro.

Nadie se movió. Hasta los niños recién destetados sabían que los legionarios que vigilaban el entorno exterior no hubieran vacilado en aplastarles si percibían el menor movimiento de hostilidad.

Un alto oficial engalanado con los atributos de mando entró a caballo, secundado por una guarnición de un centurión y una centena de legionarios. Con la mirada al frente, enseñando una hilera de dientes entre sus labios finísimos, recibió el saludo de Rigisamus. El caudillo hizo saber de inmediato al oficial que estaba interrumpiendo una ceremonia de elección de pareja por las mujeres de la aldea.

Un hombrecillo de pelo muy blanco que cabalgaba al lado del oficial bajó de su montura y se colocó respetuosamente en actitud de solicitud delante de Rigisamus. Glauco llevaba diez años haciendo de intérprete para las legiones romanas y sabía que, aunque, por ser cántabro —de la tribu de los autrigones—, le despreciaban los propios hispanos, su sangre, sus hermanos, no podía por ello dejar de cumplir las formas señaladas por los dioses que el inferior se dirigiera a los próceres. El intérprete se dispuso a traducir las palabras del caudillo vadiniense, pero el romano alzó la mano para acallarle.

—Ya sé lo que dice, imbécil. Ahora dime si lo que estoy viendo es lo que me parece que es. ¿Estas mujeres están eligiendo esposo?

—Es lo que iba a deciros, señor. El jefe os advierte que se trata de una ceremonia a la que solo pueden asistir los miembros de la tribu.

—Eso es mentira y tú lo sabes. Me has acompañado a otra muy similar. Dime, intérprete, ¿se trata de una ceremonia religiosa?

Glauco tardó en contestar. Estaba habituado a que sus servicios se extendieran a informar al Ejército romano a cuestiones que iban más allá de la mera traducción de las palabras de los nativos, pero se había dado cuenta de que no era fácil dictaminar sobre el alcance de algunas de sus instituciones. Sobre todo, de aquellas en que se mezclaba lo mágico con lo religioso.

Hasta ese momento, él, un exguerrero plentauro, impedido para luchar a causa de las heridas, no había tomado partido. Sus traducciones se regían por una rigurosa fidelidad a la letra y al espíritu de las expresiones verbales que escuchaba. O al menos así lo creía.

Ignoraba las razones que tenía el romano para interrogarle de aquella manera y no consideró que su respuesta pudiera ser determinante de una decisión marcial.

—Es difícil decirlo, señor. Todas las ceremonias oficiadas por el caudillo tienen algo de religioso.

El oficial pareció serenarse, mientras crecía la impaciencia del jefe Rigisamus, que nunca antes había sufrido una interrupción del ceremonial que oficiaba. Las mujeres mayores salieron de su recinto sagrado formando un sólido bloque. Habían estado haciendo las ofrendas a Lug, que también tuvieron que suspender cuando el centinela utilizó el tambor de llamada al combate. Nada de esto pareció inquietar al oficial que comandaba la tropa romana, el cual ni siquiera las miró.

—¿Es como cuando las legiones romanas se disponen a iniciar un ataque? ¿Se consulta a los dioses si son propicios, o algo así? —interrogó a Glauco.

—Algo así, señor.

—Entonces los dioses dicen que sí y el resto de la ceremonia ya no es una comunicación entre dioses y hombres, ¿no es cierto?

El intérprete no se dio cuenta de las consecuencias que tendría para la aldea, y para el futuro de los pueblos satures, su cómodo asentimiento, que era un *quizás*, un complaciente *tránseat*.

—Diles que les voy a enseñar cómo se hacen las cosas en una sociedad de hombres. ¡De verdaderos hombres!

Una de las mujeres del grupo entendió lo que el romano estaba diciendo y escupió al pie de su caballo. El jinete siguió con su ojo derecho la trayectoria del salivazo y se llenó de ira. Se le hinchó la carótida en el cuello y enseñó sus dientes amarillos. Cuando bajó de su caballo y sacó su espada, acercándose a Rigisamus, este se apercibió del olor a vino que escapaba de sus fauces. No dominaba el latín con la fluidez necesaria como para saber lo que el romano había dicho. Temía una reacción violenta por parte de este, pero pensó que se contentaría con golpear a la mujer que le había humillado y se marcharía. Si así era, su mayor preocupación sería contener a las mujeres mayores, que podían incitar a la tribu a una acción armada —pero sin armas— contra el intruso. Pero cuando Glauco tradujo a su lengua celta las últimas palabras del romano, Rigisamus supo que toda su tribu perecería aquella misma noche. Las cigüeñas, después de todo, le habían dicho la verdad.

NI SIQUIERA ES ROMANO

A esto, César respondió: «Que él respetaría la ciudad más por su habitual proceder que por la conducta que había observado, si se entregaban antes de que el ariete hubiera llegado al muro, pero que no habría rendición posible sino después de entregar las armas. Que él obraría como había hecho con los nervios y que ordenaría a los vecinos que no causasen daño alguno a un pueblo sometido a Roma».

JULIO CÉSAR,
La guerra de las Galias

Cayo Julio César Octaviano aprovechó una salida tempestuosa de su mujer, en dirección a la cocina, para acariciar una de las rodillas de Aristóbulo, recostado en el mismo *biclinium* que el Augusto. Los moradores del Palatino adoraban las costumbres griegas, pero Livia reprochaba en secreto, a su marido, que exhibiese públicamente su devoción por jóvenes distintos de sus propios hijos. Incluso cuando, como en este caso, la caricia — así lo creían el Augusto y la propia Livia— carecía de cualquier carga erótica.

Mientras fingía escuchar los versos que declamaba su amigo Virgilio, el Augusto viajó mentalmente a las Hispanias. Le había incomodado la queja de la delegación de los plentauros que había recibido aquella misma mañana, relativa a la masacre, supuestamente por las legiones de Roma, del poblado de los vadinienses, que se habían acogido sin ninguna resistencia a la *pax romana*.

Los plentauros no venían a protestar por una masacre sufrida por sus propios hijos, pero sí por sus hermanos, los pobladores de Vadinia, al parecer procedentes, como los primeros, de un mismo héroe legendario cuyo nombre había olvidado ya. Además, los culpables de la desgracia, que debían llevar una caballería bien gruesa, habían devastado los campos de los propios plentauros sin ninguna necesidad.

—Si la república de Roma nos ha garantizado protección a cambio de nuestra lealtad y nuestros tributos —le había dicho el caudillo plentauro, uno al que llamaban Vaecio—, ¿tendremos que tolerar una agresión del Ejército de Roma en tiempos de paz?

Por Júpiter Óptimo Máximo que el tal Vaecio tenía razón, aunque su tono fuera asaz insolente. Y por todos los dioses que la pacificación de las Hispanias pasaba por solucionar este delicado asunto, pues, si se propagaba la certeza de que el Ejército romano había aniquilado a una tribu sometida de buen grado, sin ninguna provocación previa, las conquistas futuras y la ulterior romanización de la extremidad oeste del Imperio solo serían posibles mediante una nueva afluencia de tropas a la península; sacrificio que, en ese momento, con los germanos todavía agitados en el norte, debía a toda costa evitar.

Decididamente, los hispanos solo le habían dado problemas. Cuando luchó en la Tarraconense, estuvo a punto de perecer bajo un rayo, y a sus augures les costó convencerle de que Júpiter no había tomado partido por los *iberos*. Seiscientos bueyes sacrificó a los dioses, y 50 más a los dioses desconocidos por si hubiera ofendido a alguno que no estuviese representado en el panteón romano. Le intranquilizaba pensar que la principal deidad de algunos de los celtas que poblaban el norte de Iberia, Epona, también se manifestaba lanzando rayos a sus enemigos. Los galos tenían a su Taranis, y los judíos a su Yahvé, que había castigado a los pueblos, según la mitología hebrea, con una terrible tormenta, y que utilizaba sus rayos para escribir las leyes por las que debía regirse su pueblo elegido.